



IMAGEN: www.newyorker.com

Homenaje a Albert Camus

JEAN PAUL SARTRE

En enero de este año se conmemoran 63 años de la muerte del filósofo francés Albert Camus. Esta nota necrológica, aparecida en el *Nouvelle Observateur* al día siguiente del accidente de tránsito en el que falleciera el autor de *La peste*, se ofrece como primicia ya que nunca antes había aparecido completa en español.

Hace seis meses, incluso ayer, la gente se preguntaba: “¿Qué es lo que él va a hacer?” Temporalmente, desgarrado por contradicciones que hay que respetar, había optado por el silencio. Pero era uno de esos raros hombres a los que podemos permitirnos esperar, porque tardan en elegir y permanecen fieles a su elección. Algún día hablaría. Ni siquiera nos hubiéramos atrevido a adivinar lo que

diría. Pero pensábamos que había cambiado con el mundo, como todos; eso nos bastaba para ser conscientes de su presencia.

Él y yo habíamos discutido. Una pelea no importa, aunque los que se pelean no vuelvan a verse, es sólo otra forma de vivir juntos sin perderse de vista en el pequeño y estrecho mundo que se nos ha asignado. Eso no me impedía pensar en él, sentir que sus ojos estaban puestos en el libro o el periódico que estaba leyendo y preguntarme: “¿Qué pensará de esto? ¿Qué piensa en este momento?”

Su silencio, que según los acontecimientos y mi estado de ánimo consideraba a veces demasiado prudente y a veces doloroso, era una cualidad de cada día como el calor o la luz, pero era humano. Vivíamos con o contra su pensamiento tal como se nos revelaba en sus libros —especialmente *La caída*, quizá el más bello y el menos comprendido—, pero siempre en relación con él. Fue una aventura excepcional de nuestra cultura, un movimiento del cual intentamos adivinar las fases y el resultado final.

Representó en nuestra época el último ejemplo de esa larga estirpe de moralistas cuyas obras constituyen quizá el elemento más original de las letras francesas. Su humanismo obstinado, estrecho y puro, austero y sensual, libró una guerra incierta contra los acontecimientos masivos y sin forma de la época. Pero, por otra parte, a través de sus tenaces rechazos, reafirmó, en el corazón de nuestra época, contra los maquiavelistas y contra el ídolo del realismo, la existencia de la cuestión moral.

En cierto modo, él era esa afirmación categórica. Cualquiera que leyera o reflexionara se encontraba con los valores humanos que él tenía en su puño; él cuestionaba el acto político. Había que evitarle o combatirlo: era indispensable para esa tensión que hace de la vida intelectual lo que es. Su mismo silencio, estos últimos años, tenía algo de positivo: Este Descartes del Absurdo se negaba a abandonar el terreno seguro de la moral y aventurarse por los caminos inciertos del sentido práctico. Lo intuíamos, y también intuíamos los conflictos que mantenía ocultos, pues la ética, por sí sola, exige y condena a la vez la rebelión.

Esperábamos; teníamos que esperar; teníamos que saber. Hiciera lo que hiciera o decidiera posteriormente, Camus nunca habría dejado de ser una de las principales fuerzas de nuestra actividad cultural ni de representar a su manera la historia de Francia y de este siglo. Pero probablemente deberíamos haber conocido y comprendido su itinerario. Él mismo lo dijo: "Mi trabajo está por delante". Ahora ha terminado. El escándalo particular de su muerte es la abolición del orden humano por lo inhumano.

El orden humano no es más que un desorden: es injusto y precario; implica matar y morir de hambre; pero al menos está fundado, mantenido o resistido por los hombres. En ese orden Camus tuvo que vivir. Aquel hombre en movimiento nos interrogaba, era él mismo una pregunta en busca de su respuesta; vivía en medio de una larga vida; para nosotros, para él, para los hombres que mantienen el orden y para los que lo rechazan, era importante que rompiera su silencio, que decidiera, que concluyera. Algunos mueren en la vejez mientras que otros, eternamente indultados, pueden morir en cualquier momento sin que el sentido de su vida, de la vida misma, cambie. Pero para nosotros, inciertos sin brújula, nuestros mejores hombres tuvieron que llegar al final del túnel. Pocas veces la naturaleza de la obra de un hombre y las condiciones del momento histórico han exigido tan claramente que un escritor siga viviendo.

Llamo escándalo al accidente que mató a Camus porque de repente proyecta en el centro de nuestro mundo humano el absurdo de nuestras necesidades más fundamentales. A los veinte años, Camus, aquejado repentinamente de una enfermedad que trastornó toda su vida, descubrió el Absurdo, la negación sin sentido del hombre. Se acostumbró a ello, reflexionó sobre su condición insoportable, salió adelante. Y sin embargo, uno está tentado de pensar que sólo sus primeras obras dicen la verdad sobre su vida, ya que ese inválido una vez curado es aniquilado por una muerte inesperada desde el exterior.

El Absurdo podría ser esa pregunta que ahora nadie le hará, que él no le hará a nadie, ese silencio que ahora ni siquiera es un silencio, que ahora no es absolutamente nada.

No lo creo. En el momento en que aparece, lo inhumano se convierte en parte de lo humano. Cada vida que se trunca —incluso la vida de un hombre tan joven— es al mismo tiempo un disco de fonógrafo que se rompe y una vida completa. Para todos los que le querían, hay un absurdo insoportable en esa muerte. Pero tendremos que aprender a ver esa obra mutilada como una obra total. En la medida en que el humanismo de Camus contiene una actitud humana ante la muerte que iba a cogerle por sorpresa, en la medida en que su búsqueda orgullosa y pura de la felicidad implicaba y exigía la necesidad inhumana de morir, reconoceremos en esa obra y en la vida que es inseparable de ella el intento puro y victorioso de un hombre por arrebatar cada instante de su existencia a su muerte futura.